

OPCIÓN

# MÉ X I C O

DISYUNCIÓNES



**INSTITUTO TECNOLÓGICO  
AUTÓNOMO DE MÉXICO**

**RECTOR**

Dr. Arturo Fernández Pérez

**VICERRECTOR**

Dr. Alejandro Hernández Delgado

**DIRECTORA ESCOLAR**

M.D.I. Patricia Medina Dickinson

**DIRECTOR**

Emilio González Coya

**CONSEJO EDITORIAL**

Hector Eduardo Chávez

Diana Nava

Carlos Noyola

**DIFUSIÓN CULTURAL Y RELACIONES PÚBLICAS**

Melissa Valenzuela

**COMITÉ CONSULTIVO**

Dra. Claudia Albarrán

Lic. Aldo Aldama

Lic. César Guerrero

Dr. Mauricio López Noriega

Dra. Lucía Melgar

Dr. Pedro Salmerón

**DISEÑO EDITORIAL**

Marcela Morales Gómez

**CUIDADO DE LA EDICIÓN**

Sandra Luna

**IMPRESIÓN**

Producciones Editoriales Nueva Visión México

**D.R. © OPCIÓN**

REVISTA DEL ALUMNADO DEL ITAM

Río Hondo 1, Tizapán, San Ángel, 01000 México, D.F.

Teléfono y fax: 5628-4000 ext. 4669

[opcionitam@yahoo.com.mx](mailto:opcionitam@yahoo.com.mx) | <http://opcion.itam.mx>

Tiraje: 2,000 ejemplares.

ISSN: 1665-4161

Reserva de derechos al uso exclusivo: 04-2002-090918011100-102

Certificado de licitud de contenido: 8812

**OPCIÓN** es una revista universitaria sin fines de lucro. Todos los derechos reservados. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, en cualquier forma o medio, sea de la naturaleza que sea, sin el permiso previo, expreso y por escrito del titular de los derechos. Los artículos son responsabilidad del autor y no reflejan necesariamente el sentir de la revista. Revista indizada por Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales (CLASE). Integrada al sistema de Información Bibliográfica sobre las publicaciones científicas, seriadadas y periódicas, producidas en América Latina, El Caribe, España y Portugal (LATINDEX).

**PORTADA Y CONTRAPORTADA:**

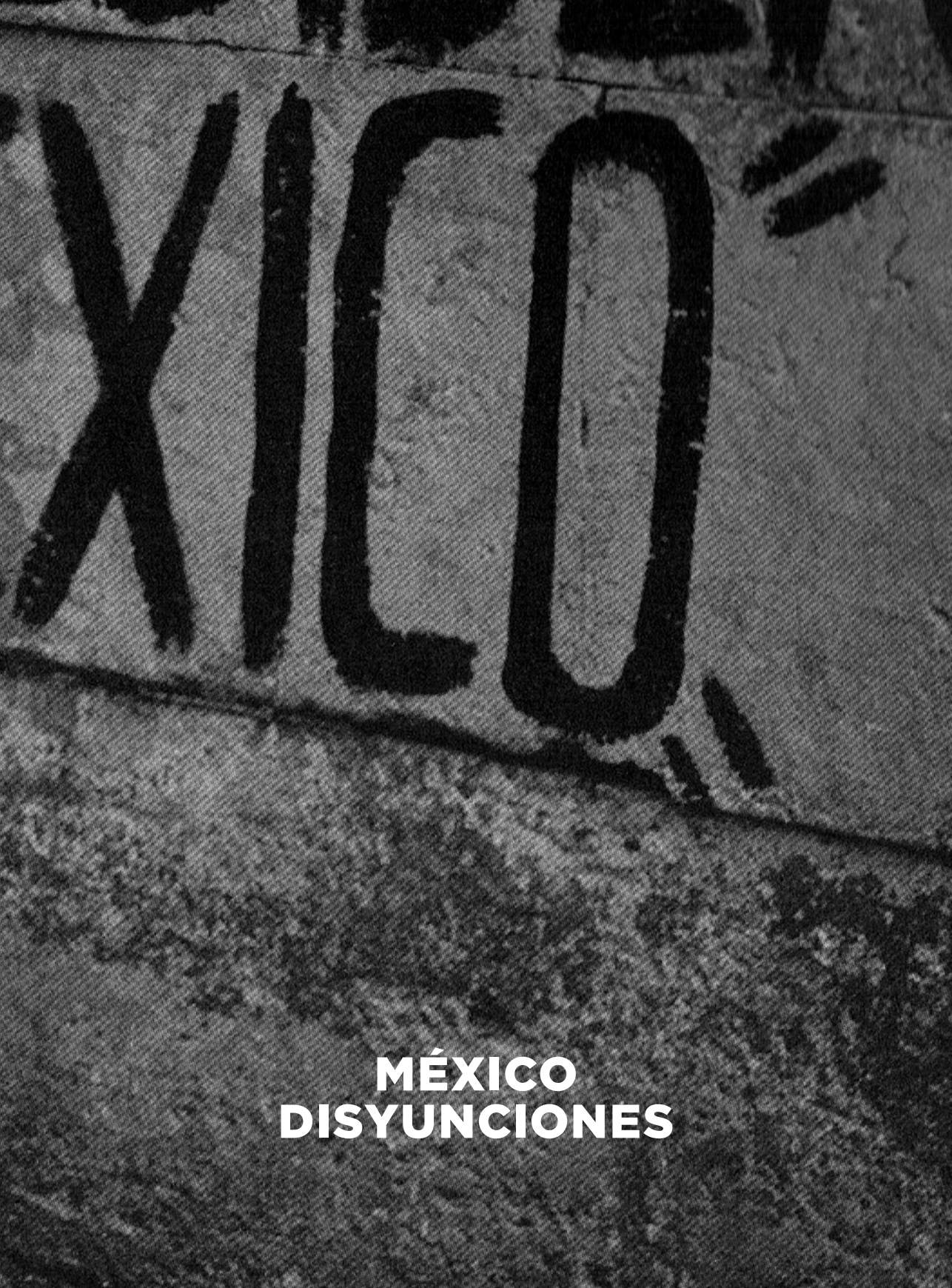
Diego Rivera,  
Sueño de una tarde de domingo  
en el Parque de la Alameda,  
1947-1948.

Fresco, 480 x 150 cm.  
Museo Mural Diego Rivera,  
Ciudad de México.

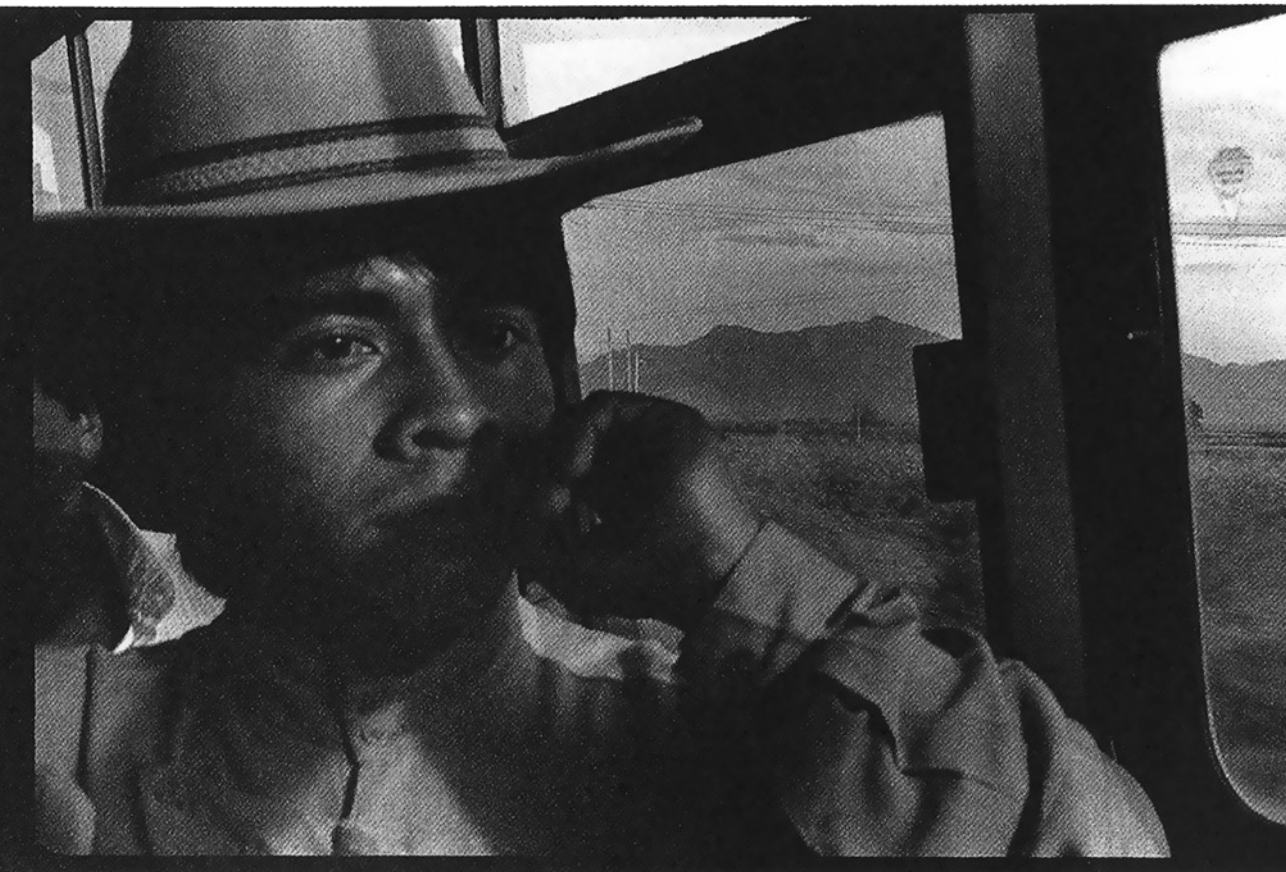
# OPCIÓN

AÑO XXXVI • SEPTIEMBRE 2016





**MÉXICO  
DISYUNCIONES**



11.  
**NUEVA  
HISTORIA  
DE MÉXICO**

Jesús Noval

20.  
**EN LA LLAGA**

Aldo Vicencio

24.  
**ITINERARIOS  
DE BÚSQUEDA**

¿ESTAMOS  
PREPARADOS  
PARA  
ENCONTRAR?

Carolina Robledo

35.  
**MÉXICO:  
DISYUNCIONES  
ENTRE  
HISTORIA  
Y MEMORIA;  
CONJUNCIONES  
ENTRE ARTE  
Y POLÍTICA**

Carlos Alberto Navarro

49.  
**ESPEJOS  
DE MÉXICO:  
CHARLA  
CON IVÁN  
CASTANEIRA**

Emilio González Coya



**66.  
PROFANACIÓN**

Emilio González Coya

**84.  
LA  
INTRASCEN-  
DENCIA DE  
LA MUERTE.**

APUNTES  
DESDE  
EL AZORO

Alejandro Vélez Salas

**97.  
TERESA  
MARGOLLES:  
LA MUERTE EN  
TODOS LADOS**

Carlos Noyola

**105.  
MÉXICO  
PARALIZADO**

Rubén Neshher García

**116.  
COPLAS,  
EL TESTIMONIO**

Cecilia Durán Mena

**120.  
ÍNDICE  
DE IMÁGENES**

# ITINERARIOS DE BÚSQUEDA ¿ESTAMOS PREPARADOS PARA ENCONTRAR?

**CAROLINA  
ROBLEDO  
SILVESTRE**

Catedrática CONACYT-CIESAS Ciudad de México. Docente de la Maestría en Antropología Social del CIESAS. Integrante del Grupo de Investigación en Antropología Social y Forense (GIASF). Asesora del Movimiento Nacional por Nuestros Desaparecidos en México.



Dicen los psicólogos que lo reprimido siempre retorna, que aquellos monstruos que buscamos ocultar finalmente nos alcanzan. Así los crímenes que se callan, los cuerpos que se entierran y el grito doloroso de quienes sufren en silencio.

De unos años a la fecha México ha acumulado un inventario de fosas, entierros clandestinos y formas irregulares de inhumación de cuerpos, que resultan ser un atentado no sólo contra quienes han sido enterrados de manera indigna, sino también contra todos los que seguimos respirando y podemos correr con la misma suerte, por error, o porque aquí todo es posible.

Si hoy sabemos de la existencia de estas fosas llenas de cuerpos y de fragmentos de ellos es porque los familiares de personas desaparecidas no han parado de buscar a quienes aman y en esa búsqueda han descubierto un país devastado que oculta sus heridas bajo la tierra.

En noviembre de 2011 acompañé a los familiares de personas desaparecidas de Tijuana a explorar uno de los predios donde el llamado “Pozolero” habría disuelto al menos 300 cuerpos en sosa cáustica. Lo que parecía una leyenda de terror se hizo realidad ante nosotros, dejándonos sin aliento. Nunca voy a olvidar el llanto de una madre que no comprendía, que no podía imaginar a su hijo convertido en lo que veían sus ojos.

Cinco años después acompañé a las llamadas “Buscadoras” de El Fuerte, Sinaloa, un grupo de mujeres, la mayoría madres de jóvenes desaparecidos, quienes se reúnen a buscar a sus hijos dos veces a la semana desde noviembre de 2014. Mirna Medina, la fundadora del grupo, dice que no se siente orgullosa de haber localizado ya 58 cuerpos, y regresar 36 de ellos a sus familias; pero que siente un gran alivio cada vez que localiza uno porque renueva la esperanza de que su hijo Roberto siga vivo y porque permite ofrecer un entierro digno a quienes se les ha negado.

Un domingo del mes de marzo, sobre una camioneta destartalada recorrí con las Buscadoras predios solitarios rodeados de cerros desde los cuales, me advirtieron, nos observaban “los malos”. El primer cuerpo apareció tan sólo unos pasos después de bajar de la camioneta, señalado por un leñador que se había compadecido del dolor de las mujeres, expertas en la descripción del hallazgo: “se trata de un hombre joven, mira la dentadura, muy conservada, campesino, por los huaraches se ve”.

En el mes de abril de 2016 participé de la Primera Brigada Nacional de Búsqueda de Personas Desaparecidas, una iniciativa que reunió a familiares de diferentes estados de la república en Amatlán de los Reyes, Veracruz, con el propósito de abrir las fosas clandestinas ocultas por la mordaza del miedo que se ha instalado entre los pobladores del norte de Veracruz. La Brigada no sólo logró el hallazgo de más de 17 fosas clandestinas, sino que permitió levantar la voz a decenas de familias que no se habían atrevido a poner una denuncia por el miedo a las represalias de aquellos que, en vez de brindar seguridad, desaparecieron a sus jóvenes y amenazaron a los sobrevivientes.

En Coahuila, Oscar Sánchez-Viesca y Silvia Ortiz, padres de Fanny, una joven de 16 años desaparecida en 2004, se han vuelto expertos en la búsqueda en el desierto. Lamentablemente las formas de exterminio que enfrentan no les han permitido encontrar más que pequeños fragmentos de hueso calcinado entre toneladas de tierra, que deben cribar durante horas y días para rescatar cada pedazo de que lo que antes fuera vida.

La mayoría de estas búsquedas iniciaron después de que los familiares de los 43 normalistas de Ayotzinapa desaparecidos en Iguala, salieran a buscar a los jóvenes en el campo y hallaran decenas de fosas clandestinas que revelaban una tragedia mayor. La labor fue continuada por el Comité los Otros Desaparecidos de Iguala, conformado por más de 500 familias, la mayoría de ellas campesinos y campesinas que con palas y picos han logrado encontrar más de 150 fosas desde entonces.

Las fosas en las que se depositan cuerpos de manera criminal por todo el territorio mexicano no sólo son producto de la acción de grupos de la delincuencia. El término “narco-fosa” ha sido rebasado por una realidad mucho más compleja. En mayo de 2016 nos enteramos de la historia de Olíver Wenceslao Navarrete, un joven comerciante de 31 años de edad, que había sido privado de su libertad tres años antes y enterrado por la Fiscalía de Justicia

del Estado de Morelos en la fosa común de Tetelcingo en el Municipio de Cuautla, a pesar de que había sido plenamente identificado por su familia en el Servicio Médico Forense unos días después de su muerte. Gracias a un video grabado por la madre y la tía de Olíver, fuimos testigos de una escena de terror: para inhumar al joven fue necesario desenterrar más de 100 cuerpos que habían sido depositados como “basura” por parte de la Fiscalía del Estado (Robledo *et.al*, 2016). Dice su madre que Olíver siempre fue un joven fuerte, tanto que pudo sostener esos cuerpos sin sufrir daños y transmitir la necesidad de ser rescatado, así como a quienes lo acompañaron en su destino.

Este hecho fue denunciado por los familiares de personas desaparecidas con el apoyo de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, quienes exigieron al Estado la pronta exhumación de la fosa, para garantizar la identificación de todas aquellas personas que, como Olíver, pudieron haber sido enterradas en el marco de la ilegalidad.

Las fosas de Tetelcingo revelaron una veta más de la tragedia de la desaparición forzada de personas en México: ahora sabemos que es posible que muchas de las personas que buscamos hayan sido inhumadas por las propias autoridades, en un acto de doble desaparición de los cuerpos; termina por impedir el hallazgo y la identificación de quienes están siendo buscados por sus familiares.

No debemos olvidar que los familiares de personas desaparecidas buscan con la esperanza de encontrar con vida a sus seres queridos. Desde el momento mismo de la desaparición se vuelcan a las calles, a recorrer callejones solitarios, lotes baldíos, canales, a infiltrarse en grupos criminales, bares de trata de personas o incluso corporaciones policíacas con tal de saber algo. En los últimos meses los familiares de Coahuila se organizaron para visitar los Ceresos del estado en búsqueda de los desaparecidos con la certeza de que muchos pueden estar en las prisiones. Se han conocido casos de jóvenes secuestrados dentro de los penales, incomunicados de sus familias, privados de su libertad por crímenes que no cometieron. La búsqueda en vida, dicen los familiares que ya son expertos, implica más riesgos que la búsqueda en muerte, porque los obliga a enfrentarse directamente a grupos criminales que se dedican al tráfico de personas, el reclutamiento forzado, el tráfico de sustancias ilegales y la defensa de los poderes económicos y políticos.

El inventario de casos y retos que enfrentan los familiares podría continuar en un acto casi pornográfico de apología del terror. Me detendré aquí para destacar las reflexiones necesarias que debemos considerar como sociedad frente a estos hechos.

Una primera pregunta que debemos hacernos es si estamos preparados para encontrar. Y esta pregunta va dirigida tanto a los familiares de personas desaparecidas como a las autoridades y a la sociedad en general.

Por una parte debemos considerar que la mayoría de quienes buscan y encuentran son mujeres. Cargan en sus espaldas no sólo el sostenimiento moral y material de sus hogares, sino que ahora deben lidiar con situaciones extremas para las que no estaban preparadas, si es que alguien puede estar preparado para algo así.

Ellas vieron salir a sus hijos e hijas llenos y llenas de vida de sus casas y ahora encuentran osamentas, cuerpos envueltos en cobijas y bolsas deterioradas, como una señal de que todo va mal, aunque se sostenga la esperanza de encontrarles con vida.

Las hemos dejado solas en estas búsquedas, que nos corresponden a todos. Búsquedas que deberían tener como propósito esclarecer la verdad sobre lo que nos ha sucedido, castigar a los culpables de atrocidades y restituir a las familias, por fin, un poco de la tranquilidad que les ha sido arrebatada.

El hartazgo y la desesperación han hecho que ellas decidan salir a la búsqueda en acciones que no necesariamente derivan en un carácter reparador de los hallazgos, en tanto no existen las condiciones suficientes para la identificación y la judicialización de los casos. Sus búsquedas, aunque han sido cuestionadas por banalizar y “brutalizar” la labor forense (Huffschmid, 2015: 198), nos han develado desde la precariedad aquello que había sido negado, haciendo legibles en los miles de restos hallados las violencias extremas presentes en este contexto de economías criminales.

La pregunta ahora debemos hacerla a las autoridades. La respuesta es sencilla; existe suficiente información para demostrar que no están preparadas. La mayoría de cuerpos recuperados por los familiares en búsqueda no han sido identificados. Algunos de ellos acumulan años de espera en los laboratorios estatales y federales por una prueba genética y cuando ésta es posible las opciones de una identificación plena se reducen al mínimo por la inexistencia de bases de datos actualizadas y homologadas entre la federación y las entidades estatales.



No digamos el caso de los migrantes desaparecidos, que nos pone frente a un reto mayor y la necesidad urgente de mecanismos de búsqueda transnacional.

Hemos visto cómo las autoridades han sido permisivas y en algunos casos han apoyado las iniciativas ciudadanas de búsqueda en algunos estados de la República. Temo que esta actitud podría revertirse en contra de los buscadores y buscadoras, pero también en contra de todos nosotros. En primer lugar porque existe el riesgo, y ya se demostró en Tetelcingo, de que los familiares sean criminalizados por llevar a cabo estas búsquedas. Y en segundo lugar porque es posible que sus hallazgos sean desechados en el marco del nuevo sistema de justicia penal, que obliga a la preservación de la evidencia y el respeto de la cadena de custodia. ¿Podría considerarse maquiavélico pensar que les conviene que sigamos encontrando de esta manera a sabiendas de que esto no nos llevará a la justicia?

Las experiencias de exhumación en otros lugares del mundo nos pueden dar luces en este sentido. En Guatemala, que sufrió un periodo represivo en los años ochenta con un saldo de más de 100,000 personas asesinadas en masacres colectivas, se llevaron a cabo cerca de 700 exhumaciones entre 1992 y 2006. De éstas sólo siete llegaron a juicio, es decir, 1% del total de exhumaciones realizadas en todo el país (Navarro, 2007).

Susana Navarro (2007), psicóloga social especialista en exhumaciones, explica que gran parte de este fenómeno se debe a la impunidad sostenida a través de los años, que siembra miedo e impotencia entre los familiares de las víctimas. Las autoridades han obstaculizado la investigación penal, han alterado las pruebas, han amenazado a los familiares y sus acompañantes y sostienen formas de corrupción que impiden confiar en la institucionalidad y promover la vía judicial. En México no estamos muy lejos de esta realidad.

El dilema de fondo gira en torno al concepto mismo de justicia. ¿Justicia para qué y para quién? Para los familiares lo primero es encontrar. Muchos, incluso dicen renunciar al castigo a los culpables con tal de dar sepultura a los restos de sus seres queridos o encontrarlos con vida.

Lo cierto es que cada hallazgo de una fosa está revelando crímenes atroces. Si como sociedad no tenemos la capacidad de saber lo que sucedió y de castigar a los responsables, estaremos

desperdiciando el camino que las exhumaciones abren para alcanzar la justicia, y revirtiendo el proceso de corresponsabilidad compartida sobre estos crímenes.

En Chile, el caso de Viviana Díaz Caro, una de las fundadoras de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, hija de Víctor Díaz López, ex dirigente del Partido Comunista desaparecido en el Régimen Militar de Pinochet, nos sirve, entre muchos otros, como un ejemplo. Setenta y siete militares se encuentran en prisión por la desaparición de su padre y más de 25 años después de la búsqueda Viviana logró recuperar sus restos. Esto le permitió, no sólo a ella, sino a la sociedad chilena comprender la manera en que se ejercen los dispositivos de eliminación a través de la cadena de mando y promover mecanismos de castigo que reviertan la impunidad.

Para lograr estos propósitos de verdad y justicia el paso del tiempo es un enemigo. Así lo ha demostrado el caso de la dictadura franquista en España que se implantó entre 1936 y 1975. Cuatro décadas después de terminada la represión, las autoridades apenas están abriendo espacios institucionales para la recuperación de la memoria histórica, pero los viejos están muriendo y con ellos la posibilidad de recuperar sus testimonios y las pruebas genéticas que permitan la identificación de los miles de cuerpos hallados. Aún después del paso de los años hablar de memoria en España continúa generando conflicto. Memoria, verdad y justicia son procesos con un alto grado de complejidad que requieren organización y resistencia.

Finalmente tenemos que hacernos la pregunta a nosotros mismos: cómo sociedad ¿estamos preparados para encontrar? Los familiares de personas desaparecidas insisten en sus testimonios en la sensación de soledad y rechazo por parte de sus redes más cercanas, vecinos, amigos e incluso familia, y por parte de los ciudadanos que los estigmatizan y rechazan.

Como sostiene Judith Butler (2006), quienes no tienen la posibilidad de representarse, corren mayores riesgos de ser tratados como menos que humanos; por ello el rostro constituye una condición para la humanización y es la presencia del rostro lo que humaniza. Son los familiares los que cargan el rostro de quienes fueron desaparecidos y con ellos el terror de la desaparición. Pararnos frente a su dolor para construir un acto de empatía que humanice todas esas vidas perdidas implica una conciencia crítica pero sobre todo empatía y compasión.





Al preguntarse por qué el amor es importante para la justicia, Martha Nussbaum (2014) señala que el tipo de engranaje imaginativo que precisa la sociedad es el que se nutre del amor, si comprendemos que todos los principios políticos, tanto los buenos como los malos, requieren para su materialización y su supervivencia de un apoyo emocional. Este proyecto emocional que debemos empezar a construir funcionará únicamente si halla vías para hacer que lo humano pueda inspirar amor e inhiba el rechazo y la vergüenza.

Una segunda pregunta, al menos en el marco que me corresponde como científica social, es sobre el papel de la academia frente a esta tragedia. Luis Fonderbrider,<sup>1</sup> fundador del Equipo Argentino de Antropología Forense da cuenta de la indiferencia sistemática de los académicos para atender el tema de la desaparición de personas en la mayoría de los países que ha visitado. Como él, yo no he sentido en carne propia lo que es tener un familiar desaparecido, pero he escuchado durante años testimonios que me señalan la magnitud de la asignatura pendiente que tenemos como académicos para acompañar estos procesos.

En las protestas más recientes en México nos han llamado a pasar “de la indignación a la digna acción”. Como señala Esteban Krotz (2016), para los profesionales de las ciencias sociales, este llamado se traduciría en pasar “de la indignación a la reflexión”. Para ello al menos tres acciones son indispensables. Primero, disponer de información validada y sistematizada, recuperando principalmente las fuentes primarias de información. Segundo, avanzar hacia el reconocimiento de las continuidades y rupturas estructurales que nos permitan construir argumentos probables sobre causas y efectos de lo que nos está pasando. Y tercero, construir un diálogo horizontal con quienes han sido afectados por la violencia en el marco de una ciencia comprometida socialmente, tejiendo metodologías colaborativas que recuperen el valor de las emociones y la implicación de los científicos como sujetos políticos.

En el campo de la búsqueda e identificación de personas desaparecidas los retos son enormes. Frente a ello sólo quisiera mencionar la necesidad urgente de que se sigan desarrollando estrategias de colaboración con las víctimas en el ánimo de generar bases de datos confiables, capacitar recursos humanos preparados para enfrentar estos retos, y promover la participación de peritos independientes, que hagan posible el esclarecimiento de los hechos y el acceso a la justicia.

1 Video: mesa redonda “Desaparecidos. La búsqueda de los desaparecidos”, Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona. Disponible en: <http://www.cccb.org/es/multimedia/videos/desaparecidos-la-busqueda-de-los-desaparecidos/212185>

Los verdaderos protagonistas de esta lucha son los familiares de personas desaparecidas, ellos nos recuerdan que nadie está a salvo y que nos corresponde a todos actuar. Ya permitimos que se impusiera la impunidad sobre los crímenes de la guerra sucia y permitimos que volvieran a repetirse hechos similares y aún más dramáticos. Estamos a tiempo de revertir esta historia.

## REFERENCIAS

- Butler, Judith, *Vida precaria, El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós, 2002.
- Huffschmid, Anne, “Huesos y humanidad. Antropología forense y su poder constituyente antes la desaparición forzada”, *Athenea Digital*, N. 135 (3), 2015, pp. 195-214.
- Krotz, Esteban, “Qué hacer como científicos sociales ante atrocidades como Tlataya y Ayotzinapa?”. Blog COMECOSO. (2016, 10 de febrero). Disponible en: <http://www.comecoso.com/?p=6683>
- Navarro, Susana, “¿Por qué las exhumaciones no conducen a procesos de justicia en Guatemala? Datos y reflexiones desde una perspectiva psicosocial”, *Revista Cejil*, N.3, 2007, pp. 90-99.
- Nussbaum, Martha C., *Emociones políticas, ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Buenos Aires: Paidós, 2014.
- Robledo, Carolina, Lilia Escorcía, May-ek Querales y Glendi García, “Violencia e ilegalidad en las fosas de Tetelcingo: Interpretaciones desde la antropología”, *Resiliencia*, N.3., (2016, septiembre 7). Disponible en: <http://www.revistaresiliencia.org/tetelcingo/interpretacionesantropologia/>

# MÉXICO: DISYUNCIONES ENTRE HISTORIA Y MEMORIA; CONJUNCIONES ENTRE ARTE Y POLÍTICA

Posdoctor en Estudios Sociales, doctor en Teoría Crítica y doctor en Humanidades.  
Profesor de cátedra en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

**CARLOS  
ALBERTO  
NAVARRO  
FUENTES**

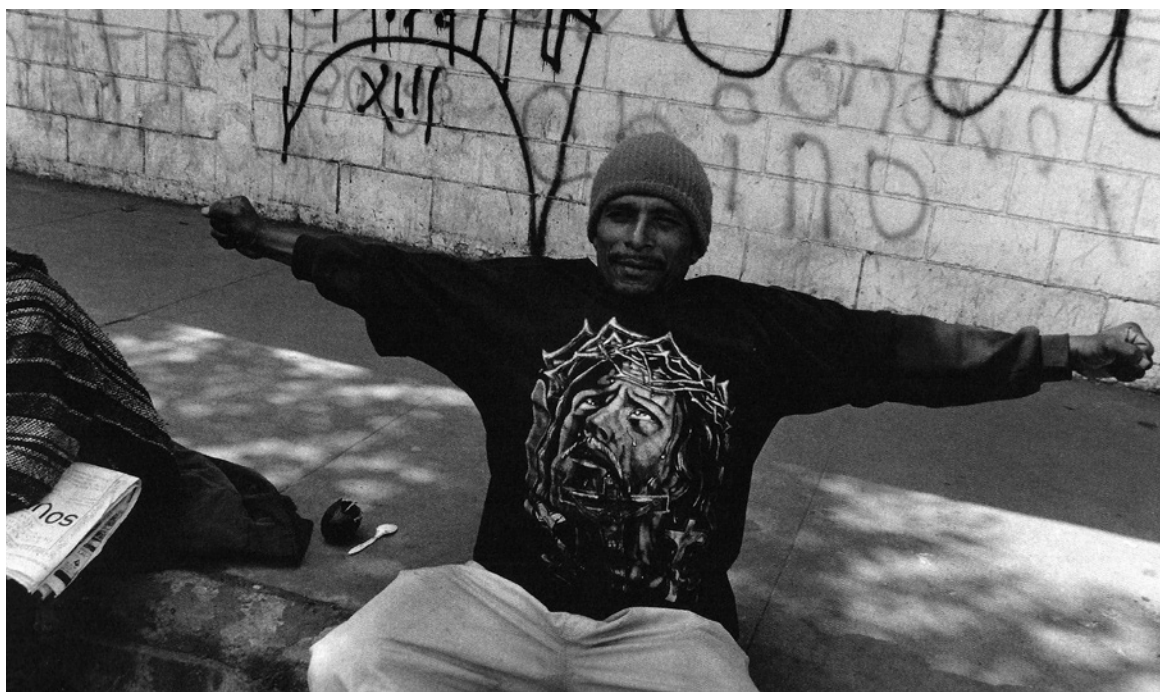
A partir de la crisis de gobernabilidad que se visibilizó en México desde el 26 de septiembre de 2014, con la desaparición de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa, se ha desplegado una serie de manifestaciones estéticas e intervenciones en el espacio público, dejando ver un potencial creativo que había permanecido latente —e incluso silente— durante muchos años. La organización de la sociedad civil ha alcanzado a sectores de la población que hasta ahora habían permanecido al margen de cualquier movilización social; importante ha sido la activa participación de la comunidad artística con asambleas y paros de actividades en instituciones que, históricamente, no solían intervenir en actos políticos. Resulta entonces muy acertado, dado el contexto nacional, realizar una revisión de las experiencias de diálogo contemporáneo entre el arte y la política en México, identificando la violencia —ejercida, las más de las veces, desde el Estado mismo— como uno de los móviles nodales de esta relación.

Fue en la década de 1960 cuando en América Latina la idea de una revolución se tornó casi palpable, y las formas de representación que con esta idea germinaron constituyen un eslabón clave no sólo en la construcción de un relato visual propio de nuestro subcontinente, sino que abonan en la búsqueda de alternativas tanto de creación y producción, como de distribución y circulación, al proponer, más allá del museo, nuevos espacios de exhibición. La construcción simbólica de los procesos sociales es un elemento clave para comprender su desarrollo, no sólo como una respuesta de quienes se oponen a determinado sistema, sino también como una imposición del sistema mismo que penetra proponiendo e imponiendo imaginarios propios que coincidan con su fórmula política y económica. Dominar desde lo cultural es, para los regímenes autoritarios, una ventaja de control necesaria para mantenerse y justificarse en el poder.

Este ensayo busca dar cuenta de algunas categorías que tensan la relación entre arte y política en México, teniendo como protagonistas a los movimientos sociales, el Estado y las instituciones del capital cultural a través de la reflexión sobre la memoria colectiva y la historia. El principal objetivo es discurrir sobre los recientes acontecimientos en México y las formas de representación visual fundadas en la justicia y la memoria que aquellos han suscitado. Todo sitio o monumento emplazado como memoria histórica a la luz de la conciencia pública tiene siempre un propósito, una agenda basada en ideas a ser representadas

con la intención de que no se olvide que algo pasó, y que no debe repetirse. Es decir, funciona como un espacio de duelo público orientado al futuro como espacio de reconocimiento público, sin que por ello queden amnistiadas las demandas de verdad y justicia. Se erige en nombre de lo innumerable, huella mnemónica que afronta y no elude el trauma histórico. Algunos otros monumentos orientados también a la memoria futura “intentan alguna forma de retribución, un saldo de cuentas simbólico que facilite la reconciliación sin el perdón”.<sup>1</sup> Es el caso de los padres y madres de los niños que fallecieron quemados en una “guardería” en Hermosillo, Sonora; o el de las Madres de Mayo en Argentina y los familiares de “los 43” normalistas de Ayotzina. ¿Qué restitución es posible cuando los mismos asesinos encumbrados en el Estado y los diferentes niveles de gobierno y de autoridad se burlan de quienes padecen la injusticia? Si la ley y la justicia no alcanzan ni en sus aspectos más formales e informales: ¿Qué justicia? ¿Hasta qué punto puede representarse el dolor y el sufrimiento de quienes han padecido esta injusticia?

<sup>1</sup> Susana Torre, “Ciudad, memoria y espacio público. El caso de los monumentos a los detenidos y los desaparecidos”, *Memoria y Sociedad*, vol. 10, núm. 20, enero-junio de 2006, p. 19.



El 2 de abril de 2013, los miembros del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, liderados por Javier Sicilia, lanzaron una campaña para reconvertir la Estela de Luz en un espacio de paz en memoria de las víctimas de la violencia. La propuesta era que en el monumento del Bicentenario de la Independencia se documentaran las vidas perdidas no solamente de la lucha reciente contra el narcotráfico, sino de procesos sociales que también han dejado víctimas como la “guerra sucia” de los años setenta, los feminicidios en Ciudad Juárez, los caídos en Tlatelolco durante el movimiento estudiantil del 68, y los periodistas asesinados y desaparecidos. La propuesta no fue aceptada.

El gobierno de Felipe Calderón había previsto un monumento para las víctimas de la guerra contra la delincuencia organizada; paradójicamente, se trataba de víctimas de una guerra que él comandó. A pesar del rechazo de muchos sectores de la sociedad, de manera particular de las familias de las víctimas, el 5 de abril de 2013, con cuatro meses de retraso, el secretario de Gobernación de la administración siguiente, Miguel Ángel Osorio Chong, inauguró el Memorial de Víctimas a un costado del Campo Marte, en el Bosque de Chapultepec. Que precisamente ahí se rindiera homenaje a los 90 mil muertos y 25 mil desaparecidos que se calculaban desde 2006 a ese entonces suscitó la opinión generalizada de que la intención del expresidente Calderón era “congraciarse con los militares”, más que con las víctimas. El Memorial de las Víctimas contiene 64 placas de acero de gran tamaño en las que no están grabados los nombres de las víctimas, sino frases de personalidades como Martin Luther King, Octavio Paz, Edmund Burke y Rainer Maria Rilke que invitan a la reflexión sobre la justicia, la memoria y la pérdida de seres queridos. Cuenta con iluminación que permite visitarlo de noche y en él se invirtieron 31.2 millones de pesos.

No obstante, la oposición del gobierno a la propuesta de Sicilia, el Movimiento por la Paz con Justicia y la Dignidad ha hecho suyo el monumento al bicentenario de la independencia. De ese modo, en lugar de significar la entrada de México a la sociedad informacional, el monumento ha sido convertido en un espacio de elaboración colectiva del duelo por las muertes y las desapariciones forzadas, y en un lugar simbólico de la lucha por la verdad y la justicia. Su original intención —eufórica celebración de un México supuestamente inserto en la conectividad y la globalización— fue desplazada por la memoria de la violencia y el terror que día con día congrega a las familias de las víctimas y a quienes acompañan sus demandas.

Así, el mundo, “las prácticas y los objetos valiosos se hallan catalogados en un repertorio fijo. Ser culto implica conocer ese repertorio de bienes simbólicos e intervenir correctamente en los rituales que lo reproducen. Por eso las nociones de colección y ritual son claves para deconstruir los vínculos entre cultura y poder”.<sup>2</sup> Por consiguiente, la *esencia nacional* queda fijada entre realidad y representación, ontológicamente. Por repetición y orden calendarizado, incluso en la agenda de gobierno anual, el *orden* asegura su perpetuación y monotonía. Para el conservadurismo tradicionalista (patrimonialista), “el fin último de la cultura es convertirse en naturaleza. Ser natural como un don”.<sup>3</sup> El festejo ritual se inculca como natural, originario y legítimo, se celebra siempre como nunca y nunca –aparentemente– como siempre, a pesar de su repetición y monotonía acrítica y ahistórica. “La excesiva ritualización –con un solo paradigma, usado dogmáticamente– condiciona a sus practicantes para que se comporten de manera uniforme en contextos idénticos, e incapacita para actuar cuando las preguntas son diferentes y los elementos de la acción están articulados de otra manera”.<sup>4</sup> Bajo el halo de la tradición se esconden las contradicciones históricas en donde pasado y presente se entrecruzan. Conmemorar se torna compensación para evitar líneas de fuga que pudieran resultar en nuevas significaciones y horizontes de sentido e interpretación distinta sobre lo aparentemente-siempre-lo-mismo. Las imágenes que tenemos de otros pueblos y del propio están asociadas a cómo se nos contó la historia cuando éramos infantes. La escuela es una institución encargada de transmitir conocimientos pero también de socializar los valores culturales de la sociedad que la contiene. No es sorprendente, entonces, que la escuela sea también un lugar privilegiado de transmisión y reproducción de la memoria social.

En su *Tesis de filosofía de la historia*, Walter Benjamin realizaba una crítica al historicismo (la modalidad historiográfica dominante en su época) desde una perspectiva marxista; se refería al materialismo histórico y en especial a la *memoria* como una posibilidad de irrupción del pasado en el presente, en aquellos “momentos de peligro”, cuando las circunstancias actuales lo demandasen. Desde entonces, sabemos que historia y memoria son dos discursos, dos prácticas, dos campos que se refieren al pasado, que representan el pasado (lo traen al presente), pero lo hacen de manera distinta. Maurice Halbwachs dice que

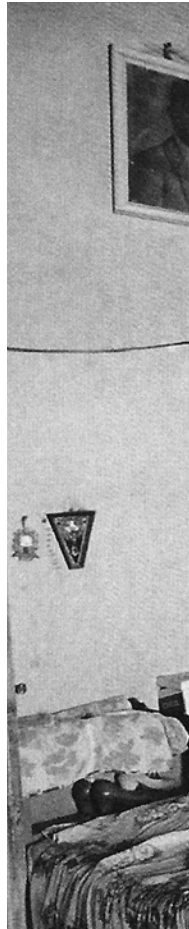
- 2 Nestor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo/Conaculta, 1990, p. 152.  
3 *Ibid.*, p. 154.

- 4 *Ibid.*, p. 155.

5 Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, p. 54.

“la memoria individual puede respaldarse en la memoria colectiva, situarse en ella y confundirse momentáneamente con ella para confirmar determinados recuerdos, precisarlos, e incluso para completar algunas lagunas”.<sup>5</sup> Un ejemplo es el movimiento zapatista, que ha pretendido reconstruir en estos 22 años la memoria colectiva del indigenismo; sin embargo, no olvida que él mismo es parte de cierta narrativa colonial y pretende reescribir la memoria enlazando psíquicamente su historia. Mientras que el gobierno mexicano se esfuerza en insertarse dentro de la globalización, diversos grupos luchan por construir una sociedad multicultural en el seno de un país asediado por su herencia colonial. La memoria colectiva se conecta en las luchas, en las guerras libradas para romper con las hegemonías; y hoy, aunque no quieran, son esos los rumbos a seguir para superar la marginación que viven indígenas, mestizos, blancos, negros, migrantes, porque los contextos marginan y los marginados se encuentran y resignifican el presente. Se trata de una cadena de eventos traumáticos que muchas veces se guardan en el inconsciente y/o en lo más profundo del ámbito cultural, por lo que su repetición y reproducción quedan aseguradas acríticamente entre las generaciones de ayer y las de mañana. La posibilidad de una verdadera recuperación de la identidad y la libertad, de lograr una nación más equitativa, justa y democrática, pasa precisamente por los usos públicos de la memoria y la historia.

Los estudios sobre la memoria que se refieren a los regímenes totalitarios, las dictaduras e incluso los órdenes democráticos aluden a la manipulación o al abuso de los posibles significados del pasado, incluida la imposición de la voluntad de olvido sobre las historias del dolor, el horror y la represión: toda política de la memoria (que pretende recordar, visibilizar algo) implica una política del olvido (desvanecer, invisibilizar algo). Ello nos recuerda la famosa máxima benjaminiana de que “no existe un documento de cultura que no sea a la vez un documento de barbarie”, lo que nos exige tratar de recuperar esos pasados de los vencidos, “pasarle a la historia el cepillo a contrapelo”. La memoria colectiva tiene la función de brindar coherencia y sentido de mismidad a un grupo a lo largo del tiempo. La historia es, a su vez, una ciencia que articula los tiempos históricos: se ocupa de estudiar el pasado a partir de sus huellas (documentos), siempre desde un presente, con la intención de estudiarlos y posibilitar la imaginación y construcción de futuros alternativos. La brecha entre espacio de





experiencia y horizonte de expectativa se ha estirado de tal manera que parece que viviéramos en un presente permanente, sin ayer y sin mañana: sólo hoy. Temporalidades y memorias múltiples, escindidas y yuxtapuestas; representación histórica y coyuntura política; los conflictos y luchas de ayer: ¿cómo los recordamos y cómo influyen en los sucesos de hoy?; poder y saber: ¿quién y cómo cuenta la historia (cómo cambia su discurso a través de los siglos)? Colonialidad: ya acabó el período colonial, pero ¿ya han sido trascendidas sus estructuras simbólicas y discursivas que influyen en lo social?



La memoria, la historia, el resarcimiento histórico de situaciones de injusticia e iniquidad, la experiencia traumática y, a través de todo esto, la redención. Lo anterior se suma a la situación global, la parafernalia mediática que inventa la realidad y hace aparecer continuidad donde sólo pueden existir discontinuidades múltiples. ¿En dónde inscribir la experiencia, el testimonio, el resabio, el recuerdo, el trauma, el litigio, si el orden del tiempo expulsa toda posibilidad no deseada a la continuidad (continuismo) capitalista? Dice Agamben: “Un verdadero materialista histórico no es aquel que persigue a lo largo del tiempo lineal infinito un vacío espejismo de progreso continuo, sino aquel que en todo momento está en condiciones de detener el tiempo porque conserva el recuerdo de que la patria original del hombre es el placer”.<sup>6</sup> Tiempo y nación, escritura e historia, narración y memoria, son todos discursos propios o correlatos de la temporalidad propia de la Modernidad, sin los cuales el pensamiento en el tiempo difícilmente podría operar. A decir de Bhabha,

la unidad política de la nación consiste en un desplazamiento continuo de la angustia causada por la irredimible pluralidad de su espacio moderno; lo que equivale a decir que la territorialidad moderna de la nación se ha transformado en la temporalidad arcaica y atávica del Tradicionalismo. La diferencia de espacio retorna como la Identidad consigo misma del tiempo, volviendo Tradición al Territorio, y volviendo Uno al Pueblo.<sup>7</sup>

Los diferentes procesos de colonialismo y las formas contemporáneas de poscolonialismo imperantes en gran parte del mundo son a menudo ejemplo de naciones integradas de manera incompleta, ajenas a sí mismas, en situación de orfandad irrecuperable y de total irrealizabilidad nacional; incluso de Estados fallidos. No obstante, estas naciones están aparentemente unidas por los planes del capitalismo mundial y los intereses geopolíticos internacionales cuyas decisiones –salvo en raras ocasiones– se deciden muy lejos de donde podrían resolverse los problemas locales. Un ejemplo de ello es *También la lluvia*,<sup>8</sup> película de Icíar Bollaín en la que podemos ver cómo los indígenas de Bolivia parecen ser los mismos de antes de lograr la independencia nacional, pues sus condiciones de vida actuales son iguales o peores que entonces; la única

6 Véase Giorgio Agamben, *Infancia e historia*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2007.

7 Homi Bhabha, “DisemiNación: el tiempo, el relato y los márgenes de la nación moderna”, en H. Bhabha, *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial, 2002, p. 185. Véanse también Rita Segato, “El color de la cárcel en América Latina. Apuestas sobre la colonialidad de la justicia en un continente en deconstrucción”, *Nueva Sociedad*, núm. 28, marzo-abril de 2007; Aníbal Quijano, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en *La colonialidad del poder. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Clacso, 2000.

8 Icíar Bollaín (dir.), *También la lluvia*. Morena Films, 2010. Consultado el 15 de mayo de 2016 en: <https://vimeo.com/117866303>

diferencia parece ser su atuendo actual. Dice Rufer: “En las zonas colonizadas el tiempo era esa relación intersubjetiva que combinaba órdenes simbólicos de la comunidad, el trabajo y la reproducción. Estos órdenes fueron cooptados de manera peculiar por la modernidad colonial, y entrelazados con los tiempos del capital, la colonia, el desarrollo y el progreso”.<sup>9</sup> El cuestionamiento de los grandes metarrelatos de la modernidad –entre ellos el del “progreso”– es uno de los efectos que logra en el espectador esta película. Nuestros recuerdos y olvidos siempre hacen referencia a un lugar: la casa de la infancia, el barrio, la ciudad, etc. Los recuerdos tienen un lugar, un escenario de fondo. Cuando volvemos a determinados lugares que habitamos en el pasado y luego dejamos por cierto tiempo, nuestra memoria se activa. Para Said,

[l]a invención de la tradición fue una práctica muy empleada por las autoridades como un instrumento para gobernar sociedades de masas cuando los límites de pequeñas unidades sociales como las villas o familia eran disueltas y las autoridades necesitaban encontrar otras formas de conectar grandes contingentes humanos entre sí. La invención de la tradición es un método para usar la memoria colectiva selectivamente para manipular momentos claves del pasado nacional, suprimiendo otros, haciendo aparecer otros de una manera tal que resulten más funcionales a las autoridades en cuestión.<sup>10</sup>

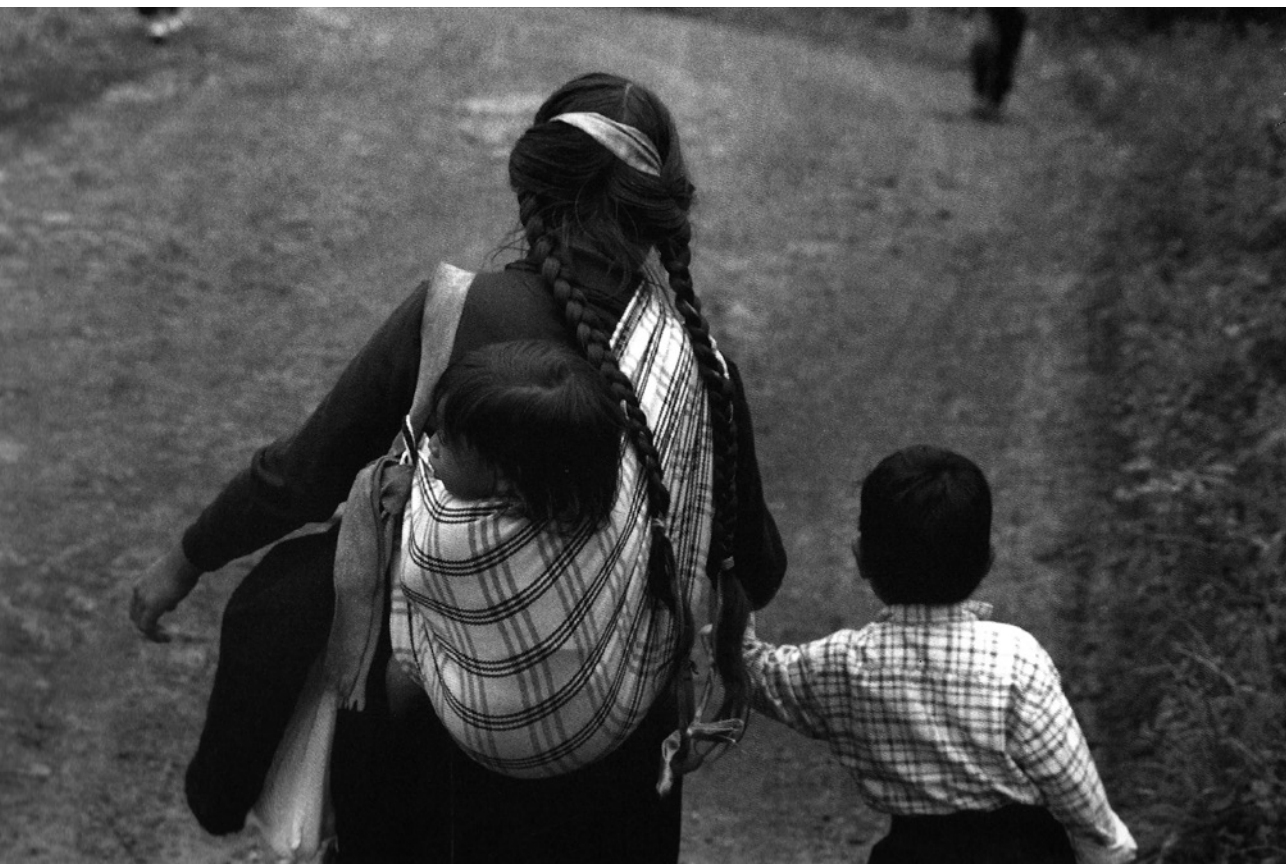
Ejemplos de esto se tienen en vastedad; algunos podrían ser las tan citadas novelas de Joseph Conrad, Rudyard Kipling y muchos otros representantes de las culturas británica y francesa, cuya invención de la tradición –y, la consecuente deformación y ocultación de la “verdad” histórica– es sobresalientemente notoria. Al respecto, dice Pierre Nora:

La curiosidad por los lugares donde se cristaliza y se refugia la memoria está ligada a este momento particular de nuestra historia. Momento en el que la conciencia de la ruptura con el pasado se confunde con el sentimiento de una memoria desgarrada; pero en el que el desgarramiento despierta aún bastante memoria para que pueda plantearse el problema de su encarnación. El sentimiento de continuidad se vuelve residual a los lugares. Hay lugares de memoria porque no hay más medios de memoria.<sup>11</sup>

9 Mario Rufer, “La temporalidad como política: nación, formas de pasado y perspectivas poscoloniales”, *Memoria y sociedad*, núm. 28, 2010, p. 15.

10 Edward Said, *Landscape and Power*, Chicago, The University of Chicago Press, 2012, pp. 244-245.

11 Pierre Nora, “Entre memoria e historia: la problemática de los lugares”, en P. Nora, *Los lugares de la memoria*, París, Gallimard, 1984, p.1.



La violencia con la cual los imperios europeos irrumpieron en los territorios y realidades de las naciones que colonizaron mantenía “un fuerte capital de memoria con un débil capital histórico”.<sup>12</sup> ¿Por qué hablar de asignarle un lugar a la memoria o hablar de lugares de memoria?, se pregunta Nora. “Si habitáramos nuestra memoria no tendríamos necesidad de consagrarle lugares. No habría lugares porque no habría memoria llevada por la historia.”<sup>13</sup> Si bien la historia y la memoria pueden —y tal vez deben— ser considerados correlatos, no hay que confundirlas pues no son sinónimos.

12 *Idem.*

13 *Ibid.*, p. 2.

La memoria es la vida, siempre llevada por grupos vivientes y a este título está, en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia consciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, susceptible a largas latencias y repentinas revitalizaciones. La historia es la reconstrucción, siempre problemática e incompleta, de lo que ya no es. La memoria es un fenómeno en el que actúa siempre un lazo vivido en presente eterno; la historia, una representación del pasado. Porque es afectiva y mágica, la memoria sólo se acomoda de detalles que la reconfortan; ella se alimenta de recuerdos vagos, globales o flotantes, particulares o simbólicos, sensible a todas las transferencias, pantallas, censuras o proyecciones. La historia, como operación intelectual y laica, utiliza análisis y discurso crítico. La memoria instala el recuerdo en lo sagrado; la historia lo desaloja, lo procesa. La memoria sorda de cada grupo. A decir de Halbwachs, hay tantas memorias como grupos; que ella es por naturaleza múltiple y desmultiplicable, colectiva, plural e individualizable. La historia, al contrario, pertenece a todos y a nadie, lo que le da vocación universal. La memoria tiene su raíz en lo concreto, en el espacio, el gesto, la imagen y el objeto. La historia sólo se ata a las continuidades temporales, a las evoluciones y a las relaciones entre las cosas. La memoria es un absoluto y la historia sólo conoce lo relativo.<sup>14</sup>

14 *Ibid.*, pp. 2-3.

Por lo anterior, podemos considerar que los lugares de la memoria existen como residuos a ser recuperados, rearticulados, reinterpretados y reescritos, desde sus discursos originales, en la medida de lo posible. Los golpes de memoria, en este sentido, serían prácticas de irrupción en el espacio público, acciones concretas de rememoración crítica, que operan sobre las marcas de memoria oficiales en el espacio urbano, o bien, sobre la amnesia o la indiferencia de la sociedad con respecto a su pasado.

15 Katherine Hite, *Politics and the Art of Commemoration. Memorials to Struggle in Latin America and Spain*, Londres, Routledge, 2012, p. 17.

16 Véanse “El colectivo. Golpe de memoria”, consultado el 30 de junio de 2016 en <http://hemisphericinstitute.org/hemi/en/el-colectivo-intro> y “Errata o el lugar del arte en lo político”, consultado el 30 de junio de 2016 en <http://hemisphericinstitute.org/hemi/en/el-colectivo-intro>

17 Susana Torre, “Ciudad, memoria y espacio público. El caso del monumento a los detenidos y desaparecidos”, pp. 17-24; y Estela Schindel, “Inscribir el pasado en el presente: memoria y espacio urbano”, en *Política y Cultura*, núm. 31, 2009, pp. 65-87.

18 Véanse Elli Jelin y Ana Longoni (comps.), *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*, Madrid, Siglo XXI, 2003; Diana Taylor, *The Archive and the Repertoire: Performing Cultural Memory in the Americas*, Durham, Duke University Press, 2003.

19 Katherine Hite, *Politics and the Art of Commemoration. Memorials to Struggle in Latin America and Spain*, Londres, Routledge, 2012, pp. 6-7.

Generalmente se trata de actos performativos que buscan romper con la cotidianidad, desnaturalizar el orden social presente, recordar las relaciones entre el pasado y el presente (sugiriendo un futuro distinto). Por eso son golpes, porque son prácticas altamente politizadas. ¿Quiénes han hecho/hacen golpes de memoria? Movimientos sociales, artistas, activistas, intelectuales, académicos preocupados por llevar sus reflexiones más allá de los muros de la academia. “Involucran pequeñas colectividades de trabajadores culturales, activistas movilizándolo contra-memoriales que capturan imaginaciones, que (re)despiertan una conciencia pública, aunque sea por un momento.”<sup>15</sup> Los lenguajes creativos y artísticos son claves en los golpes de memoria.<sup>16</sup> En todos estos procesos de elaboración de la memoria colectiva en contextos postraumáticos, el espacio público ha desempeñado un papel central, constituyéndose en una arena de batalla por la definición del sentido del pasado, así como para visibilizar reivindicaciones políticas y exigencias de verdad, justicia y reparación.<sup>17</sup> En muchos casos, los propios Estados acometen el “deber de memoria” a través de la construcción de monumentos, memoriales o museos/lugares de memoria, así como de conmemoraciones; en otros, son los movimientos sociales, las organizaciones de víctimas y otros sectores de la sociedad civil los que ponen en marcha acciones de memoria en el espacio público. Aquí, el papel de los artistas y el uso de la imagen (en diferentes modalidades y soportes) han sido imprescindibles, en un despliegue urbano que ha combinado la manifestación política tradicional con nuevos lenguajes, prácticas y performances.<sup>18</sup> Estos nuevos lenguajes, prácticas y performances —a los cuales Katherine Hite da el nombre de “memoriales”— se diferencian de las políticas de memoria monumentalizadoras y permanentes propuestas desde el Estado, irrumpen en la cotidianidad de la ciudad y generan (demandan) reflexión y, en algunos casos, acción por parte de los ciudadanos:

Los memoriales tienen el poder de, literalmente, hacer visible una conciencia social, de afirmar un mensaje, de catalizar una conversación necesaria [...] pueden despertar, retar, y movilizar a sus observadores, en algunas instancias en una relación dialógica con los que realizan el memorial, en otras a través de una contemplación deliberativa del memorial [...] pueden convertirse en medios para la acción; pueden poseer poder transformativo.<sup>19</sup>



¿Puede la estética ser un mecanismo de politización? En su ensayo *El autor como productor*, Benjamin sostiene que “la tendencia de una obra sólo puede ser acertada cuando es también literariamente acertada. Es decir, que la tendencia política correcta incluye una tendencia literaria [...] La tendencia política correcta implica la calidad literaria de una obra porque incluye su tendencia literaria”.<sup>20</sup> Así, se pregunta, “¿cuál es la posición de una obra con respecto a las relaciones de producción de la época? ¿Cuál es su posición dentro de ellas?”<sup>21</sup> Lo anterior apunta directamente hacia la técnica literaria de las obras. De acuerdo con la época de producción de las obras literarias, encontraremos algunas que predominan sobre otras, pero sobre todo descubriremos una suerte de fusión entre sus formas; algunas tendrán una mayor vigencia que otras. Esto variará según diversos factores, como los medios de difusión existentes, los aparatos y medios de producción y reproducción técnica, los condicionamientos sociales, económicos y políticos de los autores y los posibles “lectores” en cuestión, y, claro, el régimen político imperante.

<sup>20</sup> Véase Walter Benjamin, *El autor como productor*, España, Casimiro Libros, 2015.  
<sup>21</sup> *Ibid.*

Es decir, todo aquello que esté relacionado con la censura, la apertura y la libertad de pensamiento y expresión en general. Importa también en manos de quién se encuentren los medios citados, que sin duda habrán de actuar como posibles intermediarios entre el autor y el “lector” potencial. Benjamin apostaba por una *Neue Sachlichkeit* (nueva objetividad), la cual debe ser revolucionaria al menos en lo que se refiere a los ámbitos político y estético; y debe usar los medios técnicos de producción de manera creativa e innovadora, pues de otra manera se estará actuando –incluso si se pretende hacerlo de manera revolucionaria– al servicio del *statu quo*. La pregunta a contestar será entonces: “¿a quién sirvió esta técnica?”.<sup>22</sup> Y agrega, “sus productos deben poseer, además y antes de su carácter de creaciones, una función organizadora. Y sus posibilidades de ser utilizada como elemento organizador no deben limitarse de ninguna manera al plano propagandístico. La tendencia por sí sola no es suficiente”.<sup>23</sup> Es así que el autor o escritor [creador] debe saber también –simultáneamente– organizarse. Creación y organización deben aflorar conjuntamente y evitar en la medida de lo posible intermediación alguna; también debe ser capaz de orientar e instruir: “Un autor que no enseña nada a los escritores, no enseña a nadie [...] El carácter de modelo de la producción es determinante, es capaz de guiar a otros productores hacia la producción y de poner a su disposición un aparato mejorado”.<sup>24</sup>

Me parece importante retomar la función activa dentro del entorno social que Benjamin confiere al creador y el empoderamiento colectivo e individual poniendo acento en la importancia de la articulación de la producción artística con los movimientos sociales ubicados en un contexto sociopolítico específico. Benjamin, en *El autor como productor*, nos propone una premisa: lo político en el arte, no hay que buscarlo sólo en su resultado formal –es decir, no sólo en el objeto artístico concluido como tal–, sino en su modo de producción, en sus modos/formas de hacer. Para este pensador, el énfasis se debe poner en que las formas creativas que se articulan y acompañan a los procesos de transformación social, se desarrollen en el espacio público, porque éste permite un “modo de hacer” más inclusivo y colaborativo, de modo que puedan llegar a terminar siendo apropiados por la misma colectividad, más allá de sus creadores. De ahí lo político en sus intervenciones. Las expresiones estéticas en tiempos de la violencia de Estado nos permiten hacer una lectura reflexiva del escenario propio.<sup>25</sup>

22 *Ibid.*

23 *Ibid.*

24 *Ibid.*

25 Véase “Instalan antimonumento contra la impunidad por Ayotzinapa”, consultado el 10 de julio de 2016 en <http://www.jornada.unam.mx/2015/04/27/politica/004n1pol>



## ÍNDICE DE IMÁGENES

### PAOLO GASPARINI

- 2.**  
Estación Aeropuerto del Metro, México, D.F., 1994
- 4. *La jornada del viajero***  
Tlacolula de Matamoros, camino a Santo Domingo, Tehuantepec, Oaxaca, 1992
- 7.**  
Acteal, Chiapas, 31 de diciembre de 1997
- 8. *¿Emiliano Zapata?***  
Huejutla de Reyes, Hidalgo, 1996
- 13.**  
Acteal, Chiapas, 31 de diciembre de 1997
- 16. *La niña de la casa de al lado***  
Anenecuilco, Morelos, 1984
- 18.**  
Marcha zapatista, Chinameca, Morelos, 1997
- 20. *Despojos***  
Lomas de Poleo, Ciudad Juárez, Chihuahua, 2006
- 29.**  
Camino a Veracruz, 1996
- 32.**  
Atlixco, Puebla, 1971
- 37. *Sólo Cristo salva***  
Tijuana, Baja California, 1999
- 41. *“La realidad no despierta...”***  
Casa de descendientes del General Emiliano Zapata, Anenecuilco, Morelos, 1971
- 44.**  
Camino a Tenejapa, Chiapas, 2 de enero de 1998
- 47. *Cuarto Menguante***  
Frente a la Basílica de Guadalupe, México, D.F., madrugada del 13 de diciembre de 1994
- 89. *Las torres de Satélite 30 años después***  
Ciudad Satélite, Estado de México, 1994
- 92.**  
Cementerio de Tenejapa, Chiapas, 2 de enero de 1998

**95. *La muralla china***  
***“Aquí los peces son ilegales”***  
Tijuana, Baja California, 1999

**111. *Vendido***  
Av. Reforma, México, D.F., 1972

**114. *Para venderte mejor...***  
México, D.F., 1971

### TERESA MARGOLLES

**99. *La Promesa, 2012***  
Los restos fragmentados de una casa de Ciudad Juárez en el Museo Universitario de Arte Contemporáneo (muac), son desplazados por personas durante una hora cada día, a lo largo de seis meses.  
Vista de la instalación, muac, Ciudad de México, México, 2012. Fotografía: muac.

**100. *Recados Póstumos (Cine Avenida), 2006***  
Fotografía a color. Ed. de 5  
135 x 159 cm (53 1/8 x 62 5/8 in.), framed.  
© Teresa Margolles  
Cortesía de la artista y de la galería Peter Kilchmann, Zurich

**101. *¿De qué otra cosa podríamos hablar?***  
***Limpiando, 2009***  
Limpiando el piso de la sala de exhibición con una mezcla de agua y sangre de personas asesinadas en México. La acción era llevada a cabo por lo menos una vez al día durante la Bienal de Venecia.  
© Teresa Margolles.  
Cortesía de la artista y de la galería Peter Kilchmann, Zurich

**102. *La sombra, 2016***  
Video (single channel), proyector o monitor, color, sonido, aprox. 6 horas. Serie de 5 fotogramas.  
© Teresa Margolles  
Cortesía de la artista y de la galería Peter Kilchmann, Zurich

**104. *La Sombra, 2016***  
Estructura de concreto.  
500 x 1100 cm (196 7/8 x 433 1/8 in.), approx.  
© Panic Studio LA. Cortesía del Departamento de Cultura de la ciudad de Los Ángeles (dca). Obra comisionada por dca para CURRENT:LA Water.  
Cortesía de la artista y de la galería Peter Kilchmann, Zurich



ITAM

